

**Agustín Yáñez**

**DISCURSO DE INGRESO  
A EL COLEGIO NACIONAL**

**SALUTACIÓN  
Alfonso Reyes**

**CONTESTACIÓN  
Antonio Castro Leal**



**EL COLEGIO NACIONAL**

DISCURSO DE INGRESO  
A EL COLEGIO NACIONAL





Lic. Agustín Yáñez  
(1904-1980)

Agustín Yáñez

DISCURSO DE INGRESO  
A EL COLEGIO NACIONAL  
(24 DE SEPTIEMBRE DE 1952)

SALUTACIÓN  
Alfonso Reyes

CONTESTACIÓN  
Antonio Castro Leal



EL COLEGIO NACIONAL  
México 2011

Coordinación editorial: Rosa Campos de la Rosa

Primera edición: 2011

D. R. © 2011. EL COLEGIO NACIONAL

Luis González Obregón núm. 23, Centro Histórico

C. P. 06020, México, D. F.

Teléfonos: 5789.4330 • 5702.1878 Fax: 5702.1779

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Correo electrónico: [contacto@colegionacional.org.mx](mailto:contacto@colegionacional.org.mx)

[colnal@mx.inter.net](mailto:colnal@mx.inter.net)

Página: <http://www.colegionacional.org.mx>

PALABRAS DE SALUTACIÓN  
DEL DOCTOR ALFONSO REYES  
PRESIDENTE EN TURNO



**D**on Agustín Yáñez, maestro de la prosa, novelista, crítico, ensayista y definidor del ser y el espíritu mexicanos, ingresa hoy en nuestra casa para regocijo de sus compañeros de trabajo y para bien de nuestros leales y adictos auditorios, que desde la fundación de este instituto nos conceden su atención y el estímulo de su presencia.

Aquí hemos de hacer cuanto podamos para recordar a don Agustín Yáñez su irremisible compromiso con la cultura: ese compromiso que se contrae tal vez con los primeros latidos de la sangre, que va como inscrito en la trayectoria de nuestra carrera terrestre y que nada debería perturbar si es que no queremos perder la autenticidad de nuestra conducta.

Pues sabemos que, no bien El Colegio Nacional había designado catedrático a don Agustín Yáñez,<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Entiéndase bien que esta designación fue hecha el 8 de julio de 1952.

y cuando apenas lo había llamado a ocupar uno de sus sillones la Academia Mexicana de la Lengua Española, ya un grupo de sus conciudadanos le exigía el aceptar la candidatura para ocupar el gobierno de su Estado natal.

Triples honras sobrevenidas a un tiempo de que sólo esperamos bien; pero que convendrá se equilibren sabiamente entre sí para que, cumplidos los inapelables deberes cívicos, la república nos devuelva el día de mañana al mismo Yáñez que hoy le prestamos, apenas con algunas honrosas cicatrices más, causadas acaso por las superiores responsabilidades que ha asumido. Pues las enseñanzas de la experiencia son otras tantas cicatrices.

Aquí lo esperan las Musas siempre consoladoras, en cuya vecindad no cabe el engaño y donde las vocaciones del estudio y el trabajo desinteresado encuentran su natural recinto.

Sea don Agustín Yáñez bienvenido. Vaya y venga por el ancho campo de sus nobles empeños. El señor Yáñez tiene la palabra.

DISCURSO PRONUNCIADO  
POR EL LICENCIADO AGUSTIN YÁÑEZ



**A**l entrar a esta Casa de la Libertad por el Saber, me sobrecoge la presencia de los númenes que la custodian desde las alturas de la muerte. Con emoción catecúmena les ofrendo tributos de propiciación.

Aquí, ahora, como en los días de la juventud, me sobrecoge la presencia viviente del maestro Antonio Caso, arrebatado por aquellas visiones de paradigmas, el alma en vuelo, muy más allá del aula y del círculo de alumnos, en suspenso la sinfonía del discurso, paralizado el ademán magnífico, los ojos desmesurados, hechos fuego de la Pentecostés, y la proa del mentón puesta en el infinito. Sus grandes manos —como las del sacerdote caudillo de la leyenda indígena—, sus manos generosas contribuyeron a erigir esta cátedra suprema de la República, desde donde su memoria sigue dirigiendo a la Nación. Quise —no pude— ver el gesto de su lección definitiva, cuando al fin fue a saber “la verdad pura, sin velo”, y a contemplar, “distinto

y junto” —“lo que es y lo que ha sido”— “y su principio propio y escondido”. Precediéndonos, presidiéndonos, lo encuentro aquí, ahora, mudada su naturaleza dionisiaca en serenidad apolínea, luminoso como siempre, para siempre. Guía, maestro, señor.

A su vera, la luz de un espíritu con leve apariencia corporal, me recuerda los prestigios del nombre oído, leído en los albores de la niñez, en los mapas y textos de la escuela elemental: Ezequiel A. Chávez: el hombre cuya lenidad y longanimidad cautivaron mi devoción cuando me fue dado el privilegio de su trato.

Aunque la distancia de nuestras actividades no me permitió el conocimiento asiduo del doctor Isaac Ochoterena y del ingeniero Ezequiel Ordóñez, la vida universitaria me puso en contacto con ambas personalidades, que rindieron servicios eminentes a la Patria, en el campo de las ciencias naturales, cuya suprema representación tuvieron entre los miembros fundadores de El Colegio Nacional; común les fue la preocupación de orientar el trabajo científico hacia el hallazgo de formas aplicadas a los problemas mexicanos, pues les era también común el moroso, amoroso conocimiento del país. Aquí sobreviven por su obra, por la generación de discípulos y por la superior distinción que

desempeñaron en sus últimos años como maestros del pueblo, en esta Casa.

Y aquí, cerca del corazón, hecho del mismo barro natal, carnal, en que sus espíritus fueron infundidos con soplo poderoso, cerca del corazón siento la presencia y escucho el acento familiar de tres mexicanos que habiendo venido de la misma provincia fueron retenidos por la Patria en el mismo altísimo sitio consagrado a los ciudadanos esclarecidos. Al contemplar sus proporciones, el abatimiento sobreviene; al recordar los dones que gustaban prodigar, el estímulo sucede al desaliento. Ciertamente no necesitaría nombrarlos. Están junto a nosotros con su vigor, con su cordialidad. Perennes. Mas ¿cómo resistir al contento doméstico de llamarlos en la forma de respetuosa llaneza con que siempre los saludamos? José Clemente, don Enrique, don Mariano. Nunca podremos consentir en la idea de su ausencia. La fuerza de su mensaje creador y el ímpetu de su recuerdo personal realizan el prodigio de su supervivencia, incorporada, como se halla, su obra, al ser mismo de México. Experimentamos, al decir esto, la suprema evidencia, que los lógicos denominan apodíctica. Sí, la pintura de José Clemente Orozco, la poesía de Enrique González Martínez, la novela de Mariano Azuela, son órganos vivos de la

nacionalidad. Los tres demiurgos habitan este santuario en cuyo umbral me inclino a evocarlos, a invocarlos como penates, que iluminen los pasos de la voluntad en el acrecentamiento de su herencia.

Sombras de claridad, los fundadores que han recibido la consagración de la muerte son columnas torales de El Colegio y unidad de medida levantada en el pórtico de la institución. Su altura, que abruma el ánimo del recién llegado, en mi caso sirve para medir la magnanimidad puesta en mi elección por los señores miembros titulares, y el reconocimiento que les debo según la distancia entre aquellas columnas y la exigua escala de mis merecimientos.

Pero aun en esta proporción, la precaria materia de que se sirvió la generosidad para multiplicar sus dones e igualarme a los demás miembros de El Colegio, sólo es conjunto de aspiraciones y aficiones, bien que hayan sido apasionadas y constantes. Aquí se acrisolarán. El aliento que reciben constituye otro motivo de obligación hacia quienes me confieren el honor de ocupar este lugar y hacia quienes con su asistencia dan solemnidad al acto de mi recepción en El Colegio, a la lección inaugural del curso que me propongo sustentar en torno a mi constante pasión por México, por el conocimiento

de México, buscando en esta vez el camino de la literatura nacional, como fenómeno revelador de nuestra realidad.

Expongo ahora la introducción del estudio en que procuraré sistematizar ideas y página esbozadas a lo largo de varios años, a impulso de preferencias cordiales.

La Revolución impuso el tema de la realidad mexicana como categoría reflexiva y ejecutiva de la vida nacional. Es obvio el cambio —en todos los órdenes— operado a la luz de tal principio, y reveladora la familiar frecuencia con que se oye decir que algo está fuera de nuestra realidad, o bien, que se ajusta a ella, tomándosela por patrón determinante de ideas, sentimientos y conducta específicos.

Dícese también consuetudinariamente que debe conocerse nuestra realidad, que toda empresa debe tenerla en cuenta como base y dintorno. El uso del término indica su penetración en la conciencia pública; pero el uso ha sido siempre vecino inmediato del abuso, cuya forma palmaria evapora el significado más remoto del principio, hasta convertirlo en frase de relumbrón, propia del cantinflismo demagógico.

Conocer una realidad nacional es atravesar la superposición de objetos y relaciones que dan forma al espíritu colectivo, hasta encontrar

su peculiaridad, aun en las estructuras comunes a toda nación. La expresión espíritu colectivo no es entendida como ser en sí ajeno a los individuos, sino como suma de lo humano, como resultado típico de la voluntad de cohesión, como todo medio de la existencia en comunidad.

La literatura es uno de los medios para conocer esa realidad compleja. En muchos aspectos aventaja éste a otros medios del conocimiento que se proyecten acerca de lo nacional. El común denominador de lo humano identifica la raíz de la expresión literaria con el ser, el *ethos* y el *pathos* colectivos. Y no sólo en tratándose del sentido lato en que literatura viene a ser casi un sinónimo de lenguaje; sino en la significación apurada de la literatura como forma artística.

La razón más apreciable que funda la ventaja de éste sobre otros medios del conocimiento nacional es la fuerza y sutileza de la intuición artística, ligada con el sentimiento de las palabras, en el orden literario. La intuición artística, en efecto, posee una especial virtud para captar la realidad en sus distintos estratos y en su conjunto indivisible, desde lo más aparente, que cae bajo la jurisdicción de los sentidos, hasta lo más oculto; desde las costumbres y el paisaje, hasta esa vinculación del sentimiento o consentimien-

to colectivos respecto a ideas y creencias que constituyen programas de vida popular y que se resuelven en voliciones, en actitudes ejecutivas de la comunidad, originando el concepto del espíritu nacional. La psicología, la sociología, la historia ven aspectos aislados de la compleja realidad; pero el carácter específico de lo nacional no sólo es la psicología del pueblo, ni su composición sociológica, ni su historia, ni su demografía, sino la organización compacta de los elementos que pueden ser descompuestos por el estudio en aquellos fenómenos forzosamente incompletos cuando se pretende ver en ellos la realidad total. En cambio, la literatura, mediante la intuición que le es propia, los comprende en su totalidad; más aún: explora zonas distintas y consigue una sutil disección, extraña al método científico.

Por otra parte, la intuición del artista literario se halla orientada por el mismo impulso de preferencias que caracteriza a la nacionalidad, como lo comprueba la historia de la literatura y, en nuestro caso, la de las letras mexicanas, donde hallaremos asimismo la confirmación de las ideas generales aquí expuestas, rehuendo el acudir a ejemplos de otras literaturas.

Generadas en la misma fuente del espíritu nacional, tanto las preferencias que dirigen

el ejercicio de la capacidad intuitiva del artista, como las encauzada de la vida en general, coinciden en su sentido histórico —expresión fiel, según se ha dicho, de la nacionalidad—, aunque no se proponga el artista ningún fin histórico y aun cuando lo rehuya, como la lírica pura, sobre todo en ciertos momentos, así en la llamada deshumanización del arte, que inevitablemente constituye un documento de época en cada uno de sus frutos, los cuales también ofrecen peculiaridades nacionales, a pesar de la voluntad universalista que los anima.

Las anteriores afirmaciones implican la idea de que la capacidad expresiva de la literatura en relación con la realidad nacional no está entendida como nacionalismo literario, practicado en la literatura costumbrista y pintoresca, género deleznable, que a lo sumo manifiesta lo exterior, lo superficial, cuando no lo más falso de la nacionalidad y lo convencional, carente de significación auténtica. La de las costumbres no es realidad originaria, sino causada en el hecho nacional; por esto es una realidad cambiante dentro de lapsos relativamente cortos, y esta mudanza deja intacto el ser y el *ethos* nacional, prueba evidente de que se trata de una realidad secundaria; tomada —según el empeño de los conservadores de todos los tiempos y países—

como paradigma y cartabón inflexible del vivir nacional, es engañarse, aceptando por causa lo que sólo es efecto. La nación no es sus costumbres: queda ya visto que hay algo más a fondo y específico: el espíritu, que ordena el proceso de las costumbres características de la nación, en las cuales halla ésta una de sus formas expresivas. Las costumbres periclitadas se convierten en realidades históricas. Podrá objetarse que siempre hay semejanzas en las costumbres de una nación a través de distintas y distantes épocas, o en su caso ha de pensarse en la radical transformación de los grupos nacionales; pero esto sólo aprovecha a la tesis de que hay en lo profundo la unicidad de los móviles nacionales, que forzosamente se refleja en la fisonomía de las costumbres, aunque cambien éstas; las que las suceden estarán teñidas por el idéntico carácter que las origina. En tal sentido puede aceptarse que la vida humana, según Voltaire, sea costumbres y espíritu; mas lo segundo como causa primaria que se manifiesta en las costumbres. Para comprenderlo mejor basta leer una obra literaria típicamente costumbrista o pintoresca: sólo nos entrega espectáculos externos, que impiden calar más hondo en la superposición de realidades, algunas de las cuales aparecen con mayor claridad en formas literarias carentes de

datos circunstanciales: una poesía lírica radicalmente antianecdótica posee mayor fuerza para revelar el *ethos* nacional que ciertas novelas o dramas premeditadamente realistas.

Es verdad que hay formas y géneros literarios representativos de estratos especiales de la realidad nacional y aun de porciones diversas del mismo estrato: *v. gr.*: literatura burguesa, proletaria, religiosa, antirreligiosa, irreligiosa, apologética, crítica, rural, urbana, costumbrista, psicológica, etc. Así como su conjunto es lo que se llama literatura nacional, así su conjunto es lo que revela la composición orgánica de la realidad nacional, entregándonos los datos contrapuestos, pero comunes, que sirven para intuir últimamente la peculiaridad de su procedencia; sobre que muchas veces —desde luego en las obras maestras— queda rebasada la parcialidad y se nos entrega, con métodos distintos, una visión más amplia, más profunda de otros y algunas ocasiones de todos los estratos de la realidad nacional; por ejemplo, la evasión es uno de esos métodos que mejor reflejan el carácter y los trances históricos expresivos de la nacionalidad: romanticismo y modernismo, con sus gustos y su temática exóticos ponen de relieve la dirección de la voluntad hacia rumbos nuevos, dirección que más tarde se hace sensible en

la esfera de la política, de la economía, de las costumbres, etc., etc.

Aquí podrá objetarse que aun en su conjunto la literatura de una nación con frecuencia deja de expresar evidentes e importantes aspectos de su realidad. Acaso esto signifique o que no ha logrado imponerse tanto como para obtener expresión, o quizá que tal expresión deja de hallarse no porque no exista, sino porque no se la sabe descubrir, por estrechez de criterio: es el caso de la expresión negativa que fue antes aludida en las formas literarias de evasión. Todo lo cual supone un método especial para el uso de la literatura como medio de conocimiento nacional, a lo que luego hemos de referirnos.

De más fondo es la objeción que alega el carácter esencialmente imaginativo de la literatura, que descompone por fuerza la realidad, para crear una nueva: la realidad específica de lo literario, cuya dimensión genuina es la fantasía. Como arte, la literatura es creación. ¿De qué manera puede merecernos confianza un producto de la fantasía como testimonio de una realidad tangible y en mucho circunstancial, según se ha entendido a la nación? La fantasía no crea de la nada, ni en sus más extremas creaciones; la obra de arte tiene siempre como elementos primarios los de la realidad vivida por

el artista, y en esto no es de menor importancia el factor de la comunidad que ha contribuido a moldear la sensibilidad; en la obra de arte se confrontan y aúnan con ejemplar energía la realidad personal y la circunstancial; aquélla nos da testimonio de los modos específicos de las reacciones humanas representativas del grupo social, de la época; representación tanto más vigorosa a medida de la capacidad del artista; por su parte la realidad circunstancial aparece, por lo menos, como estímulo remoto o próximo que suscita el ejercicio de la subjetividad. Pero en la multiplicidad y variedad del carácter peculiar del artista van mostrando distintos aspectos subjetivos y en la preferencia de éstos aparecen con mayor precisión los datos de la realidad circunstancial, ya como solo estímulo, ya como paisaje natural o cultural directamente presentado. Dicho de otro modo, en lo relativo al arte literario, la suma de poetas líricos, dramáticos y épicos, introvertidos y extrovertidos, cultos y populares, idealistas y realistas, clásicos y románticos, a través de la historia de una nación, capta los diversos aspectos de la vida nacional, entendida como la suma de las realidades subjetivas y objetivas, en el encuentro de lo humano con lo circunstancial, que determina la actitud característica que hemos llama-

do el *ethos* nacional; unos de aquellos poetas cargarán el acento en extremo: son los poetas del paisaje, del costumbrismo, de la naturaleza en general y de la historia; otros, nos confían la interioridad humana; en todos, con mayor o menor fuerza, se harán evidentes los modos del pensamiento, del sentimiento y de la voluntad colectivos, así dentro de las circunstancias que les son propias, como a través de las operaciones propias de la creación artística, en las cuales la fantasía es tamiz y crisol que aquilata lo esencial de la realidad vivida. En resumen: la literatura es una actividad de vida humana en la que interviene la fantasía no como aniquiladora de los elementos reales, sino como seleccionadora de los más representativos datos con los cuales pueda expresar honda y universalmente aquella realidad, reconstruida por la fantasía para darle una validez superior. Sus elementos últimos no sólo no son falsificados en la transformación poética, sino fijados indeleblemente. Por tanto, el proceso de la fantasía depura lo accidental y halla una forma ideal para la representación de lo esencial. La literatura es creación de esta forma, que tiene como supuestos los datos de la realidad. Claro que se requiere aplicar nuevas intuiciones para descubrir en el arte los estratos reales, ofrecidos frecuentemente en símbo-

los y en esquemas; o combinados idealmente para revestirlos de significaciones adecuadas.

El estudio de la realidad nacional a través de la literatura se dirige principalmente al descubrimiento de los contenidos literarios; por tanto, queda en plano secundario el tema esencial del arte: la poética de las formas, con sus implicaciones teóricas de estética, que sólo son tenidas en cuenta como hechos reveladores del carácter nacional, puesto de manifiesto en las ideas y procedimientos de los escritores. Conviene aclarar esto para evitar desviaciones de la investigación y equívocos en materia de juicios meramente artísticos. Lo que para la teoría literaria es capital: a saber: la indagación de lo irreductible que confiere carácter literario a la obra, sirviéndose de lo real como de andamiaje provisional, en nuestro caso es cuestión accesoria y, en cambio, la meta del trabajo son los datos reales que han servido de punto de partida en la creación artística.

Ha sido aludido el procedimiento que debe adoptarse para manejar la literatura como testimonio de la realidad: se trata de un género especial de intuición, que penetra por entre las dimensiones imaginarias de lo literario hasta encontrar la visión buscada. Por lo tanto, el método es radicalmente distinto a los de las cien-

cias sociales. Desde luego, nada tiene que hacer aquí la estadística; sería necio pretender descubrir algunos aspectos de la realidad nacional por el número de veces que se usan determinadas palabras o que se nombran determinados objetos; ni siquiera el volumen de producciones relativos a determinados asuntos, *v. gr.*: la considerable producción de novelas obreristas por sí revela la realidad.

Con esto se anticipa la respuesta a un posible cargo. No se trata de un procedimiento científico inductivo basado en la experimentación. Tampoco pretende ser único en el estudio del tema; lo que no significa que sea complementario. Quedan ya explicadas las razones en que se funda su certidumbre y su bondad. Resta intentarlo, aplicando aquel género de intuición al fenómeno total de la literatura mexicana, y reduciendo progresivamente las notas accidentales dadas en el fenómeno, hasta encontrar lo irreductible. La práctica del procedimiento será su mejor explicación.

En el momento en que nos acercamos ya de modo directo a la literatura mexicana surgen otras cuestiones previas, de carácter general. Y la de mayor cuantía es la duda misma acerca de la existencia de una literatura mexicana; más aún: acerca de su posibilidad, por estas razo-

nes: primera, la falta de idioma originado y elaborado por fuerza del espíritu y circunstancias peculiares: el usufructo —con sus deberes, y no el menor de conservación— de una lengua de antigua forja sobre la que los siglos, accesiones, ingenios y un pueblo profundo han dejado poderosa traza: patrimonio recibido al tiempo de su plenitud, cuando sus poetas lograban decir lo inefable y poner belleza en lo demasiado humano y en la expresión trivial; segunda, las estructuras mentales y las especies de intencionalidad conferidas por el idioma español, que refluyen a la patria de origen como a su natural meridiano y espejo; tercera, las condiciones históricas y sociológicas en que se formó y ha venido desenvolviéndose lo mexicano, propicias a influencias encontradas e inestables, que perpetúan y fomentan los complejos del coloniaje, del mimetismo, de la inferioridad o de la sobreestimación, entre los que fluctúan nuestras letras, atentas a modelos y modas extranjeros, sin hallar su propio campo, su propio mensaje, su propio estilo. En el fondo estas tres razones y otras que suelen aducirse contra la existencia y posibilidad de la literatura mexicana, plantean la existencia y consistencia de la nacionalidad misma —no la del estado político—, puesto que en ellas late la idea de que se trata de una colo-

nia, por tanto de una rama comunal cuya falta de expresión literaria debe interpretarse como falta de diferenciación en cuanto a características nacionales. Aparece desde luego aquí el estrecho vínculo entre nacionalidad y literatura, que ha venido sosteniéndose en anteriores líneas.

A reserva de tratar la triple objeción en forma concreta, frente a lo que se considera la historia de la literatura mexicana, nos anticipamos a oponer otras tantas razones previa, de carácter general, sujetas a la comprobación de los análisis que constituyen propiamente el estudio de la realidad mexicana a través de la literatura.

En primer término, se acredita el carácter nacional de una literatura cuando ésta consigue ser la expresión equilibrada de los dos elementos radicales de una nación, a saber: lo humano con su tónica local específica, modelado por factores naturales circundantes: o sea, el espíritu y la naturaleza de la comunidad. (¿Qué otra cosa es la raza, más allá de su estrecho e inseguro límite físico, en sus más amplias modalidades geográficas? La sangre es una disposición susceptible de modificar por los cambios del espíritu, según los estímulos a que se sujete, y los externos no son los de menor influencia; tanto es así, que sangres diversas pierden sus diferen-

cias en la apretada unidad y armonía de una auténtica nacionalidad, cuando la coincidencia en la circunstancia afina —da afinidad— a las almas concurrentes y las hace aceptar el mismo sistema de preferencias valorativas, que constituye el estilo y programa de vida colectiva; más que productos de la sangre, los estilos de vida característicos de lo que se llama una raza, son reacciones del acoplamiento entre espíritu y naturaleza: el idioma mismo es un producto, no una causa de la nacionalidad.)

De lo humano, como elemento primario de lo nacional, sobresalen las ideas, los sentimientos y las voliciones. La literatura ha de retratar fielmente cómo piensa, cómo siente, cómo quiere el hombre nacional, y ha de subrayar lo que en estas vivencias no es universalmente común.

En tratándose de nacionalidades jóvenes, suele vivirse de pensamiento extraño, ciertamente; aún más: puede quererse bajo el instinto de la imitación; pero siempre, aunque débiles, podrán descubrirse aspectos propios, siquiera sea en el modo con que se adopte lo extranjero.

Mas lo inconfundible de la personalidad —singular y colectivo— es el sentimiento: aquí despunta la enunciación de lo privativo en las personas y en los grupos sociales, por

endebles o rudos que sean. Éste es el módulo diferencial, por excelencia, de la nacionalidad y de las formas culturales correspondientes. Ningún pueblo que sea capaz de expresar su auténtico modo de sentir, carecerá de literatura propia, aunque use idiomas extraños y viva sujeto a influencias políticas o ideológicas o artísticas venidas de fuera.

Sucede en esto lo que en el proceso habitual de la poesía. El poeta experimenta su contenido emocional como algo propio, absolutamente inajenable, absolutamente originario; y sin embargo se encuentra con un lenguaje que es patrimonio común, en el que debe expresar aquello que siente por modo tan personal; las palabras se le imponen con una carga significativa de siglos, en la que han concurrido muchas y variadas generaciones; el genio y el ingenio poético, la magnitud de la poesía están en razón directa del éxito con que sirviéndose de un instrumento general, el poeta consigue expresar lo privativo de su emoción, inculcando en el idioma nuevos valores afectivos, subordinando sus valores semánticos y prosódicos al estado emocional del creador. También los pueblos que usan idiomas que no crearon, les infunden transformaciones de variada índole, hasta hacerlos aptos para la inconfundible expresión de lo

afectivo y de la realidad inmediata, porque comunidad y comunicación se exigen mutuamente. El estudio de la literatura mexicana es pródigo en ejemplos de la transformación sufrida por el idioma español en orden a expresar una realidad distinta de la de otros grupos que usan la misma lengua.

La expresión de lo humano requiere necesariamente, inescindiblemente, la expresión del dintorno en que se mueve, siquiera sea como alusión a una presencia supuesta, que influye en la actitud del hombre. Y esto no sólo no falta en las letras mexicanas, sino que se advierte en ellas la tendencia a mostrar con claridad el escenario del drama humano, y abunda el gusto por las descripciones de la naturaleza y de las costumbres: radical y espontáneamente distintas a las de los países cuyas formas literarias han sido más limitadas.

El paralelismo en el desarrollo de la historia y de la literatura es otra manifestación de su identidad causal. Podrán intentarse varias clasificaciones de las letras de una nación; pero no sólo no harán perder exactitud a la que tenga por criterio la cronología histórica, sino que ésta aparecerá más o menos necesariamente en todas aquéllas lo cual facilita la aplicación del método literario para el estudio de la realidad,

puesto que la historia sirve como elemento verificador de ciertos resultados obtenidos por ese medio.

El carácter —propicio al fin propuesto— de las letras mexicanas está teñido uniformemente por su historicidad. Los primeros monumentos de nuestra literatura son los documentos mismos históricos de la Conquista, origen de la mexicanidad vigente. Después la historia de la Colonia rige a la producción literaria. Los principios y la realización de la independencia se reflejan diáfananamente en el estilo de las letras patrias, así como las luchas de la Reforma y de la Revolución.

De tal modo surge nueva objeción: la literatura mexicana es una literatura de circunstancias, ancilar, desfigurada en cuanto a la fisonomía artística que debería tener; los escritores representativos resultan por ello prosaístas, proselitistas, interesados en fines ajenos a los propiamente literarios.

Extremando la objeción se llega por este camino a negar la existencia de una verdadera literatura en sentido estricto, y a pretender que, por tanto, no puede acudir a este instrumento de investigación, pues faltarían las condiciones ventajosas antes aducidas —la hondura y certidumbre de la intuición artística, en primer

lugar—; sobre que resultaría un testimonio sospechoso de parcialidad.

El que como toda literatura de los primeros siglos de una nacionalidad, nuestra literatura tenga un recio carácter ancilar, no la invalida como instrumento de investigación de la realidad; en todo caso la invalidaría desde el punto de vista de la crítica literaria. No es el caso llegar en estas líneas a una discriminación minuciosa que muestre cómo en una obra puede aparecer simultáneamente lo literario en pureza y los contenidos autónomos. La historia universal de la literatura cuenta obras de esa naturaleza entre los más egregios frutos que la ilustran, y los de carácter histórico —juntamente con los doctrinales, de manera especial los filosóficos y religiosos— alcanzan singular importancia.

Si toda nuestra literatura es ancilar, ni las obras de mayor contenido social e histórico dentro de las letras mexicanas carecen de las virtudes esenciales de la creación artística, cualesquiera sean los reparos que la crítica pueda ponerles, como se advierte al estudiarlas de cerca, con lo que la objeción queda refutada en su doble tendencia: negar la literatura mexicana e invalidar los documentos que pretenden formar-la en cuanto se los quiera utilizar como medios

de investigación de la realidad por la vía de la intuición artística.

Tomando al paralelismo entre literatura e historia, hallamos en él precisiones mayores del método indagatorio y estructuras dadas de la realidad nacional, cuyo análisis parcial y conjunto nos dirá en qué consiste y cómo es la realidad mexicana. En efecto, la literatura refleja el devenir histórico, y éste pone de relieve las múltiples circunstancias que limitan y dan forma a la conciencia colectiva; es decir, en la historia se descomponen los diversos elementos de una realidad nacional: medio físico, relaciones y acciones humanas, instituciones, etc.

Podría entonces decirse que basta la historia para el conocimiento de esta realidad. Pero se niega que la historia sea un elemento útil para conocerla en sus grandes estructuras y en su dinamismo. Se insiste en que la literatura rinde un conocimiento más profundo que, aplicándose a los datos proporcionados por la historia, ofrece rasgos no hallados ni en el mero suceder temporal, ni en la valoración de ese suceder. Por ejemplo, la historia nos da testimonio de los fenómenos sociales implicados por la Conquista; pero la literatura correspondiente nos entrega el profundo carácter del mismo hecho, a través del modo intenso con que fue vivido

por su protagonista; la parte viva de las relaciones de Cortés y Bernal Díaz del Castillo radica en lo que tienen de literario —es decir, en la fijación vital de caracteres esenciales—, más que en el registro de los hechos; por modo semejante la poesía de Sor Juana nos revela con mayor intensidad el estilo de la Colonia, que muchos documentos estricta y escuetamente históricos. La historia, pues, parcela el vasto campo de la realidad; en tanto la literatura cala en esas relaciones y nos descubre su íntimo sentido.

Como en el caso, aludido ya, del Estado, la historia es una forma de realidad en que halla concreción la más difusa y general realidad de la nación; o dicho de otro modo: la historia particulariza el ser de la nación en *ethos* y *pathos* individualizados socialmente, frase que sólo es paradójica en apariencia: históricamente, las naciones son personas morales; la repugnancia es menor cuando expresamos la idea de personalidad colectiva, entendida como carácter del grupo social.

Si pues la historia es uno de los estrados de la realidad nacional, ella misma cae dentro de la jurisdicción de la literatura, cuando ésta se adopta como reactivo para aprehender la totalidad real de una nación en particular.

Ha quedado trazado el camino y fijados los objetivos de la investigación de la realidad mexicana.

El recorrido a través de la producción literaria debe llenar las lagunas del esquema.

Para ello es conveniente hacer el recorrido en diversas direcciones, mutuamente confrontadas y verificadas. A la trayectoria cronológica debe añadirse la señalada por los temas dominantes descubiertos en el tratamiento de la historia literaria; luego, la línea de los géneros y los estilos, que acerquen obras distantes en el tiempo y en la sensibilidad; finalmente debe adoptarse la literatura comparada, principalmente con vistas a los modelos más considerables que han influido en las letras mexicanas, no ya para poner en claro la originalidad literaria, sino lo típico de la realidad nacional.

En el principio de la lección se aludió a la voluntad y a la conducta que se derivan del conocimiento de nuestra realidad, ajustándose o apartándose de ella.

Quiero insistir en esta idea. La nacionalidad es una categoría ejecutiva más que especulativa. Deseamos conocer lo que somos, para decidir lo que queremos y lo que haremos. A través de la literatura se propone una indagación que

podría adoptar, con signo patriótico y actual, el viejo lema positivista: “saber para prever; prever para obrar”. Es decir, un conocimiento aplicado a las urgencias de la nación, entendida, querida, como empresa en marcha, como proyección al futuro.

CONTESTACIÓN  
DEL DOCTOR ANTONIO CASTRO LEAL  
MIEMBRO TITULAR DEL COLEGIO  
NACIONAL



**R**ecibimos esta noche en El Colegio Nacional al distinguido escritor licenciado Agustín Yáñez que, ligado a labores de cultura desde sus primeros años estudiantiles, ha trabajado empeñosamente, tanto en Guadalajara —su ciudad natal— como en México, para que el espíritu encuentre nuevos campos de acción y más amplios horizontes. Sus actividades comprenden la cátedra y el libro, la revista y el periódico, la organización universitaria y otros modos de enseñanza y prédica.

La obra literaria de Agustín Yáñez puede muy bien dividirse en tres grandes secciones: novela y narraciones novelescas, comentarios y reflexiones sobre la vida y la cultura en el Estado de Jalisco, y estudios de crítica literaria.

Su primera obra novelesca es *Flor de juegos antiguos* (1942), formada por una serie de sucesos de infancia que quedaron prendidos al recuerdo de los juegos que se cantan y bailan, las festividades religiosas, los días de campo y

las más atrevidas aventuras escolares. En la vida del niño la poesía de esos juegos, los regocijos de las posadas, los desvelos de la misa de gallo, los días robados a la escuela, las batallas con los grupos rivales o las salidas al campo con la familia, son como las únicas islas que se salvaron de un vasto territorio que se hundió en el olvido. Y sólo perduran en la memoria infantil los personajes que habitan esas islas encantadas: las compañeras de los juegos que, entre pilares de oro y plata, despertaron las primeras ternuras del corazón, los amigos generosos o brutales que anticiparon los sobresaltos y las violencias de la vida y las nobles figuras familiares hechas de amor, severidad y sabiduría.

Pero todos sabemos por experiencia propia que la fiebre repasa, con su dedo ardiente, las líneas de los recuerdos y que alumbra, con su fuego de brasa, rincones oscuros de la memoria y la voluntad. *Pasión y convalecencia* (1943), la segunda de las obras narrativas de Yáñez, está hecha con los punzantes recuerdos de los días de fiebre. En un mundo horroso y torturante se destacan, profundos y gratos, los momentos en que nos salva y nos sostiene la existencia de los demás: ternura y acercamiento maternales, comunión con la naturaleza, fraternidad de los amigos. Momentos en que la conciencia pasa

revista a lo que ha sido nuestra vida, haciendo desfilar ante nosotros proyectos olvidados, nobles ambiciones, flaquezas, incapacidades y temores, hasta que al fin ese mundo exacerbado desaparece en el feliz amanecer de la salud que vuelve.

Hay en la carrera del escritor un momento de revelación en que la literatura ilumina los perfiles de las sensaciones y abre nuevos campos al sentimiento. En la obra de Agustín Yáñez creo que ese momento lo representa la serie de novelas reunidas bajo el título general de *Archipiélago de mujeres* (1943), amores en los que la realidad se tornasola, se aviva o se transfigura al contacto del mundo creado por la fantasía de los grandes genios literarios. Esos amores son, como el propio autor los llama, “escalas de adolescencia”, escalas de un espíritu sensible a las excelencias de la literatura. En ellos el narrador descubre y profundiza sus propios sentimientos viviendo y reviviendo en sí mismo momentos de la vida de los personajes creados por los poetas. La poesía tiene un gran poder civilizador: ella nos enseña el nombre y los límites de nuestras pasiones. El amor juvenil, como en Calisto, siempre brotará incontenible y labrará su cauce; la atracción de Desdémona siempre amenazará con el poder perturbador de Oteló; la doncella

doliente, que vive en una atmósfera de misterio, siempre despertará redentores como en los libros de caballerías, y en el destino trágico de Tristán e Isolda siempre saborearemos la miel de los amores fatales.

*Archipiélago de mujeres* es un libro construido sobre las acciones y los personajes de ciertas grandes obras literarias, lo mismo que las *Moralidades legendarias*, de Julio Laforgue. Sólo que Agustín Yáñez, a diferencia del poeta francés, no ha querido profundizar en la psicología de los personajes imaginarios que escoge, sino revelar el alma del narrador, contrastándolo con ellos dentro del cuadro de realidad y fantasía en que lo sitúa. El narrador es el personaje principal y tiene vida propia, lo mismo en el muchacho que, durante sus vacaciones, enferma de amor por Melibea, que en el profesor provinciano que —en un momento de alucinación— trastorna su vida por salvar a una doncella que parece fabulosa, o en el estudiante sensible que, perdido en el grupo social que preside Desdémona, resulta elemento sin importancia en la tragedia, o finalmente, en el campesino aguerrido que abandona el estudio para ayudar a su tío en el campo contra forajidos y malquerientes y cuya vida sacrifica a Isolda. Estos cuatro personajes, que se van pintando a sí mismos en

el hilo de su narración, son figuras vivas y se mueven dentro de una realidad vigorosa cuyos perfiles sólo se pierden cuando tienen que confinar con lo imaginario.

Por más que estas novelas no puedan considerarse como estrictamente autobiográficas, es evidente que en los diversos protagonistas de ellas concurren rasgos comunes, tales como su situación social, su carácter y su sensibilidad. Ello se debe a que están entretreídas con emociones e incidentes, con escenas y recuerdos, con reacciones y pensamientos de la propia vida del autor, cuyas líneas ha compuesto o afinado el arte a fin de pintar otra vida conservando el aliento de la propia experiencia. Todo recuerdo tiene esencia estética, y cualquiera, a poco de dejar reposar los sucesos de su existencia, les descubrirá perfiles literarios.

Pero con su última novela, *Al filo del agua* (1947), Agustín Yáñez entra ya en un campo más rico en personajes y problemas, que impone a la fantasía y la observación mayores esfuerzos. Componen esta larga narración una serie de cuadros de la vida triste, hipócrita, conventual, estrecha y sombría de un pueblo del Bajío en que el cura, el jefe político y las familias principales mantienen la opinión dentro de convenciones y de conveniencias que, sin bene-

ficiar a nadie, no hacen tampoco la felicidad de ninguno. Uno de tantos pueblos perdidos en los valles o las serranías de la República, en donde la inercia y los prejuicios no han dejado entrar ni la cultura ni la verdad; un pueblo que, como todos los de su clase, ahoga o expulsa a los que piensan que otro es el camino del progreso y otras las normas de la vida. El libro, que principia con la preocupación de unos “ejercicios espirituales” termina afortunadamente con la entrada triunfante de las fuerzas de la Revolución. La vida del pueblo está pintada con ese cuidado, con ese gusto de detalle, con esa pincelada insistente que repasa y empasta el color, características del estilo de Yáñez, que a veces dañan la pureza e ímpetu del perfil. Nada se deja de decir, la observación agota el modelo y los contornos se persiguen con incansable paciencia, porque Agustín Yáñez, a quien el humanista y humanísimo Gabriel Méndez Plancarte llamaba “el silencioso”, cuando tiene la pluma en la mano no deja resquicio por donde el lector pueda fugarse. Hay que suponer, en artista tan consciente y reflexivo como él, que la impresión final que deja el libro fue buscada deliberadamente: es una impresión de tristeza y desconsuelo, porque la Revolución pasa por aquel pueblo

conventual y triste removiendo sólo un poco la superficie, como el oleaje de un mar agitado en cuyo fondo las aguas de lo que llamaba Unamuno la intrahistoria, quedan, como siempre, quietas y oscuras.

Al mismo tiempo que la pintura de seres y paisajes que contienen sus novelas y narraciones, Agustín Yáñez ha ido presentando —en diversos estudios, comentarios y reflexiones— la historia y la vida, el espíritu y la importancia cultural del Estado de Jalisco. En su libro *Genio y figuras de Guadalajara* (1940) evoca y logra recrear la ciudad tapatía enumerando las varias actividades de su diario vivir, complaciéndose en itinerarios a lo largo de los cuales le van saliendo al paso las figuras amigas, los espíritus selectos que son como el alma y el pensamiento de la ciudad en la época en que Yáñez vivió y estudió en ella, cuyos ruidos, aromas, pregones y toques de campanas completan, como una aureola, su evocación. Después, al fondo, va haciendo aparecer, en certeros retratos propios o en las páginas de los viejos cronistas, una galería de los personajes que han ido formando lo que es el tono y la tradición de Jalisco. Su monografía sobre *Yabualica* (1946), en la que resume la historia de esa ciudad y describe —a la vez con conocimiento y emoción— sus mo-

numentos, su carácter y la vida de sus habitantes, es un modelo del género.

En su ensayo sobre *El clima espiritual de Jalisco* (1945) estudia, en un primer boceto, los factores que han modelado el carácter y la cultura del Estado. Para Yáñez el jalisciense es una síntesis, un equilibrio entre el sentimiento y la inteligencia, la economía y la generosidad, la afabilidad y el decoro, la independencia y la jerarquía. Sin creer —cosa que tampoco pretende Yáñez— que ese equilibrio sea estable o exista siempre, juzgamos que la observación es exacta. El jalisciense resulta un equilibrio acaso porque siempre ha vivido equidistante de lo que podríamos llamar el centro —los valles de México y de Puebla, donde fue más profunda la conquista y la dominación— y la alejada periferia, en donde la vida era más libre y estaba menos sujeta a yugos y opresiones. Además de que una cierta libertad política y administrativa, así como el que radicara en su territorio una Audiencia con jurisdicción vastísima y exclusiva, fue dando al jalisciense al mismo tiempo independencia y responsabilidad, y haciendo de Guadalajara un centro con vida propia. En el campo de la cultura hay disciplinas y corrientes espirituales que, en diversas épocas, se han alimentado principalmente de los jugos de la tierra. Si hubiera

que citar algún ejemplo, ninguno mejor que la generación a la que pertenece Agustín Yáñez, en la que brillan con luces propias los poetas Alfonso Gutiérrez Hermosillo, Manuel Martínez Valadez y Emanuel Palacios, el pensador Antonio Gómez Robledo, así como José Guadalupe Cardona Vera, Martínez de Ulloa y Esteban Cueva Brambila, sin olvidar a los pintores Jesús Guerrero Galván y Raúl Anguiano.

Algunas de las inquietudes, los anhelos y las realizaciones de ese grupo ejemplar han quedado prendidas a ese personaje imaginario, de vida tan simpática e intensa que es Mónico Delgadillo y que está hecho con fragmentos del alma de cada uno —del alma en sus momentos de iluminación y también en los momentos en que se ama lo absurdo y lo inefable— y cuya pintura en las páginas iniciales de *Archipiélago de mujeres* es una de las partes más sabrosas del libro. Y tanto que, con perdón de Agustín Yáñez, me resisto a modificar los perfiles del personaje según las informaciones posteriores que sobre él nos da en su libro *Alfonso Gutiérrez Hermosillo y algunos amigos* (1945). Está hecho Mónico Delgadillo con el aliento de la vocación más intensa del escritor, con los anhelos por alcanzar un estilo perfecto e imposible, con el interés universal que lo hacen romperse contra

las trágicas limitaciones de no poder serlo todo, estar en todo, comprender y vivirlo todo.

Para esa generación, y particularmente para Agustín Yáñez, no tenía un sentido peyorativo “la provincia”. ¿Por qué sólo la capital ha de dar la pauta? ¿Por qué el espíritu y la cultura no han de florecer con igual o mayor fuerza en otros lugares que no sean la cabecera administrativa de la nación? El grupo se enorgullece, y con razón, de su provincia, encuentra en ella — egún decía Antonio Gómez Robledo— “un mundo impalpable de valores y direcciones perennes de nuestra sensibilidad que nos acompaña como un aura donde quiera que estemos”. Esa aura los conserva y los defiende. Es una fortuna que, entre esos hombres fieles y devotos a la provincia, los partidos políticos y los ciudadanos de Jalisco hayan pensado en Agustín Yáñez para regir los destinos de su Estado. Yo quiero felicitar al Colegio Nacional porque uno de sus miembros va a poder ejercer la política, el arte difícil sobre el que han pensado Platón y Aristóteles, Tomás Moro y Vasco de Quiroga y del cual, en todas partes del mundo, se ha excluido a los mejores, al grado de que la política resulta ya, según el apotegma del poeta francés Pablo Valéry, “el arte de impedir que la gente se meta en lo que sí le importa”.

Los estudios de crítica literaria de Agustín Yáñez son importantes y se proponen, además de la valoración de la obra escogida —que es la finalidad de esa disciplina— profundizar en el problema del alma mexicana, estudiar cuáles son los rasgos propios y característicos de lo mexicano según aparecen en el campo de la producción literaria de las diversas épocas de nuestra historia. En sus *Fichas mexicanas* (1945) que, según entiendo, fueron la base de una serie de conferencias en el Colegio de México, ha planteado los términos del problema y avanzado en su estudio. Desde lo que son nuestras raíces indígenas y la herencia española ha partido para ir explorando un terreno en el que, conforme avanzamos en el tiempo, aumentan las complicaciones y dificultades, y en el que, para acotarlo debidamente, se requiere, no sólo lucidez crítica, sino verdadero instinto literario, un instinto que nos capacite para manejar la materia delicada del alma de los pueblos y los matices y misterios de su expresión estética.

En su ensayo sobre Fernández de Lizardi, el “Pensador Mexicano”, se queja Yáñez contra la crítica “anémica de valores humanos y sin arraigo en el subsuelo de la esencialidad mexicana” —son sus palabras— y a lo largo de páginas excelentes va estudiando la forma en que la

crítica superficial y miope suele juzgar *El Periquillo Sarniento*: cómo lo considera con desdén y alejamiento, en el terreno abstracto de las simples realizaciones artísticas, desprendido de sus raíces, como si se tratara de una obra extranjera, sin ponerse a investigar lo que —como reflejo de la vida nacional— significa esa novela, lo que —como adaptación de un género a otro medio social— encierran sus defectos y deformaciones, y lo que —como expresión de un mundo de un tiempo determinado y de un lugar geográfico preciso— revelan su perfil y su esencia. Es decir, la crítica superficial se ha quedado con la capa sin saber quién iba adentro. Y ese es el verdadero problema: ¿quién va “dentro” en la literatura mexicana? ¿Quién va dentro de la capa española, de la levita francesa, del frac inglés, del traje de charro, del overol o del sarape? Y en este plano la realización puramente artística, si sólo la consideramos como una “fermosa cobertura”, tendrá un valor secundario. Lo nuestro, siquiera porque es nuestro, tiene derecho a un tratamiento especial, no de elogio embustero para darle un valor estético que puede no tener, sino para encontrar en ello una parte de lo que somos. Quiero apresurarme a decir que yo no creo que el arte sea simplemente una “fermosa cobertura” y que considero que en nuestra pro-

ducción artística total está el secreto de nuestro modo de ser, como la voz suele revelar los sentimientos más por la entonación que por el sentido de las palabras.

En 1950 publicó Yáñez su monografía *Don Justo Sierra, su vida, sus ideas y su obra*, escrita en el tono apologético que convenía a un trabajo que sirvió de prólogo a la edición de homenaje que, de las obras de ese insigne educador, hizo la Universidad de México. Con gran acopio de documentos, algunos de los cuales salen ahí a luz por primera vez, presenta Yáñez aquella existencia gloriosa, en cuadros sucesivos, desde los tiempos revueltos del Yucatán de mediados del siglo XIX hasta la muerte de Justo Sierra, acaecida poco después de la caída del régimen porfirista, durante el cual logró echar las bases definitivas de los diversos grados de la educación mexicana. Lo más digno de elogio en libro tan importante es, para mí, la exposición de las ideas filosóficas, pedagógicas, históricas y de política nacional y extranjera de Justo Sierra que se hace por primera vez en ese libro y cuyo orden y método facilita enormemente la tarea de los futuros comentaristas.

Este sería el momento de comentar algunas de las ideas que acaba de exponer ante vosotros Agustín Yáñez en su brillante disertación. Nos

ha hablado de la realidad nacional y de cómo ésta pasa al arte por caminos más sutiles que lo nacionalista y lo pintoresco; cómo, con invencible vigor, la intuición artística va labrando su propio cauce, y cómo la realización estética puede considerarse el testimonio más rico de una realidad que con frecuencia se escapa y escabulle. Agustín Yáñez os ha presentado también las razones de la existencia de la literatura mexicana; pero en general no ha hecho otra cosa, a pesar de lo nutrido de su disertación, que darnos una idea del tesoro de reflexiones que ha acumulado sobre la materia y que muy pronto expondrá ante los auditorios tan comprensivos y amables de este Colegio Nacional, a los cuales rindo homenaje en esta ocasión.

Quien lea los libros de Agustín Yáñez encontrará en su autor un fondo de bondad y una exquisita sensibilidad. En su artículo sobre Cardona Vera ha hecho la siguiente confesión: "Fui educado en un sentido rural de la existencia, tan amplio, tan sano, tan fuerte y libre como la naturaleza, lejos de toda pequeñez, refractario a toda mezquindad". Y yo digo, hay que creerle a este hombre cauteloso y tierno, al que tanto queremos y admiramos.

## CONTENIDO



Palabras de salutación del doctor Alfonso Reyes, Presidente en turno	7
<b>D</b> iscurso pronunciado por el licenciado Agustín Yáñez	11
Contestación del doctor Antonio Castro Leal, Miembro titular de El Colegio Nacional	39



Se terminó de imprimir el 31 de agosto de 2011 en los talleres de Impresos Chávez de la Cruz, S. A. de C. V., Valdivia 31, Col. Ma. del Carmen, C. P. 03540, México, D. F. Tel. 5539 5108. En su composición se usó el tipo Garamond de 10.5:12.5, 9.5:12.5 y 8.5:10.5 puntos. La edición consta de 1000 ejemplares. Captura y composición de textos: Rebeca Rodríguez Jaimes y Laura Eugenia Chávez Doria. Editor: Hildebrando Jaimes Acuña.